PROFUNDIZA

Asi relata el preciso momento José María Espinosa un artista que conoció la historia de primera mano y que poco tiempo después se convertiría en uno delos más notables retratistas y pintores de la Independencia

“Hacia este tiempo rugía ya sordamente la dicha revolución, como un ruido subterráneo, y estaban muy desavenidos los criollos con algunos chapetones. No referiré, porque todo el mundo lo sabe o debe saberlo, cómo tuvo origen y se desarrolló la revolución que al fin estalló el 20 de julio. Nadie ignora la disputa que tuvo lugar aquel día (viernes) en la calle real, entre un comerciante español Llorente y don Antonio Morales, mi hermano político, con motivo del banquete y otros festejos que se preparaban para recibir al comisionado regio don Antonio VilIavicencio, santafereño, educado en España, de quien se esperaba mucho en favor de los americanos y de un cambio político. Omito por lo mismo todos esos pormenores que me sacarían del reducido terreno en que me he situado y me llevarían muy lejos. El hecho es que la revolución se llevó a efecto y que una simple disputa personal vino a ser la chispa que produjo la independencia de nuestro país.

Me sucedió a mí lo que a muchos otros jóvenes de mi tiempo, que, de la curiosidad pasamos al entusiasmo, y de meros espectadores nos convertimos en soldados. Sin saber cómo, fui enrolado en las filas de los patriotas, que engrosaban por instantes, y me hallé formando en la plaza mayor con mi lanza al hombro. .Así fue que vi aprehender al virrey Amar y a la virreina su esposa, por cierto más varonil que su maridoo, y a los españoles Trillo e Infiesta, personas de influjo e importancia. Las calles principales estaban llenas de gente armada, y el palacio, rodeado de caballería. Un señor Posadas, que entonces era de los gritones y alborotadores que figuran en todos los bochinches y asonadas, pedía las cabezas de Llorente, Infiesta y Trillo, y lo seguía la multitud pidiendo lo mismo, a manera del eco que se repite en las rocas; pero muchos de la cola no sabían por qué las pedían, ni cuáles eran los delitos que habían cometido esos señores.

El cuadro que presentó después la Virreina con las revendedoras y verduleras, fue todavía más triste ydes consolador que el de las caravanas de gritones. Aquellas mujeres, soeces, como lo son en todos los países y en todos los tiempos, cercaban a la señora y la in sultaban,empujándola y aun pellizcándola; a1gunas llegaron en su villanía a punzarla con alfileres. Pero ¿sabían por qué? Es seguro que no: el furor popular es contagioso y se ceba en cualquier cosa que le mues- tra un alborotador. Hoy que veo a tanta distancia las cosas que entonces veía de cerca, creo, como lo creían entonces la misma virreina y don Juan Sámano, que si hubiera salido una compañía del regimiento Auxi- liar, que hacía la guarnición de la plaza, se habría ter- minado todo en pocos momentos. Sámano aguardaba por instantes la orden que debía dar el virrey; pero éste por fortuna era pusilánime, y no se atrevió a dar- la ni a hacerse responsable de la sangre que pudiera correr. Más entereza tuvo la señora, y así le echaba en cara a aquel su cobardía .. No hubo, en efecto, más sangre derramada aqud día que la de un sombrerero llamado Florencio, a quien hirió uno de los patriotas por haberle oído de- cir que quitaban a los virreyes por la ambición de mandar ellos, y que esto era peor. Por donde se ve qUe aquellos primeros patriotas no pensaban todavía en la absoluta libertad de la palabra. Es indudable que el secreto y plan de la revolución estaban entre unos pocos, y que la masa del pueblo, que no obra sino por instigaciones, nada sospechaba, si bien dejó explotar sus antipatías y resentimientos contra algunos malos españoles de los que habían ve- nido a principios del siglo, arrogantes y altaneros, muy diferentes de los que en tiempos anteriores se ha- bíanestablecido aquí, pacíficos, benévolos y amantes del pueblo y de su prosperidad. Y no podía ser de otro modo: de la gran revolución de Francia y de la independencia de Norte América, que fueron los po- derosos estimulantes d'3 nuestros buenos patricios, no tenía mayor noticia el pueblo ignorante y rudo, y la justa ojeriza <.leéste contra sus opresores sólo vino a obrar como causa coadyuvante y secundaria. Enton- ces oí hablar de la publicación de los Derechos del Hombre, que hizo Nariño en tiempo del virrey Ezpe- leta, libro que comenzó a peparar los ánimos de al- gunas gentes letradas para la empresa que más tar- de acometieron con la mayor buena fe y rectas inten- ciones, animados por un verdadero patriotismo y un noble desinterés, que harán siempre honor a su me- moria.